

vulnerables de todas las corazas. Durante el mes que acababa de transcurrir habíase desarrollado en Eugenio igual cantidad de defectos que de cualidades. El mundo y el cumplimiento de sus crecientes deseos le exigían esos defectos. Entre sus cualidades, hallábase esa viveza meridional que encamina al hombre en línea recta hacia una dificultad para resolverla, y que no permite á nadie nacido al sur del Loira permanecer en ninguna incertidumbre, cualidad que los del norte llaman defecto, porque, dicen, si fué la causa de la fortuna de Murat, también lo fué de su muerte. De lo que debe deducirse, que cuando un meridional sabe unir la astucia del norte á la audacia del sur, es completo y queda en el trono de Suecia. No podía, por tanto, Rastignac, permanecer mucho tiempo bajo el fuego de las baterías de Vautrin sin decidir si éste era amigo ó enemigo. Por momentos parecía que el singular personaje penetraba en sus pasiones y en su corazón leyendo en ellos, guardando con tal cuidado los propios, que presentaba la inmóvil inmensidad de la esfinge que todo lo sabe, todo lo ve y nada dice. Al sentirse lleno el bolsillo, Eugenio se insubordinó.

— Tenga usted la amabilidad de esperar, dijo á Vautrin, que después de haber saboreado los últimos sorbos de café, se levantaba para salir.

— ¿Para qué? contestó el interpelado poniéndose el sombrero de anchas alas, y tomando su bastón de hierro, con el cual se entretenía á veces en describir molinetes como hombre que no hubiera temido la acometida de cuatro ladrones.

— Deseo devolverle su dinero, repuso Rastignac

desatando rápidamente un saquito, y contando ciento cuarenta francos á la patrona. Entre amigos, cuentas claras, dijo á la viuda. Estamos en paz hasta fin de año. Haga el favor de cambiarme esta moneda de cinco francos.

— Entre amigos, cuentas claras, repitió Poiret mirando á Vautrin.

— Tome su franco, dijo Rastignac, extendiendo la mano hacia la esfinge con peluca.

— Diríase que tiene usted miedo de deberme algo, exclamó Vautrin, lanzando al joven una mirada adivinadora y dirigiéndole una de aquellas sonrisas socarronas y diogénicas que habían estado más de cien veces á punto de hacerle saltar.

— Pues... sí, contestó el estudiante, que, teniendo en cada mano uno de los saquitos, se había levantado para marcharse.

Vautrin iba á salir por la puerta que daba á la sala, y Eugenio por la de la escalera.

— ¿Sabe usted, señor marqués de Rastignacorama, que eso que usted dice no es muy delicado? dijo entonces Vautrin, empujando la puerta de la sala y yéndose al estudiante, el cual le miró friamente.

Cerró Eugenio la puerta del comedor y condujo á Vautrin al descanso de la escalera, que separaba dicha pieza de la cocina, y en el que había otra puerta que daba al jardín, sobre la cual se veía un ancho tragaluz cerrado por una reja. Una vez allí, el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

— Señor Vautrin, ni soy marqués ni me llamo Rastignacorama.

— Van á pegarse, dijo la Michonneau con aire indiferente.

— ¡Á pegarse! repitió Poiret.

— ¡Ca! respondió la señora viuda de Vauquer, acariciando la pila de escudos recibidos.

— ¡Pero si están en la alameda de los tilos! gritó Victorina, que se había levantado para mirar al jardín. El caso es que ese pobre muchacho tiene razón.

— Subamos á nuestras habitaciones, querida, dijo la señora de Couture; esos asuntos no nos importan.

Y cuando ambas se disponían á salir, hallaron interceptado el paso por la gruesa Silvia.

— ¿Pero que es lo que pasa? El señor Vautrin le ha dicho al señor de Rastignac: «¡Vamos á explicarnos!» Luego le ha cogido por un brazo, y allá van pisando las alcachofas.

En esto llegó Vautrin.

— Mamá Vauquer, dijo sonriendo, voy á probar mis pistolas bajo los tilos.

— ¡Oh, caballero! dijo Victorina en ademán suplicante, ¿por qué quiere usted matar al señor de Rastignac?

— ¿También usted?... dijo con acento zumbón, que hizo ruborizar á Victorina. Es un guapo muchacho, ¿no es verdad? Me ha dado usted una idea. Niña hermosa, os haré felices á los dos.

La viuda de Couture había cogido á Victorina por un brazo y la había sacado fuera, diciéndola al oído:

— Pero, Victorina, ¿está usted hoy imposible!

— Prohibo que haya tiros en mi casa, dijo la de

Vauquer. Van ustedes á llamar la atención de los vecinos y á hacer que venga la policía.

— Vamos, vamos, no se sulfure, mamá Vauquier, contestó Vautrin. Está bien, está bien, iremos á la sala de tiro.

Y volvió con Rastignac, al que cogió familiarmente por un brazo.

— Aunque le probara á usted que á treinta y cinco pasos pongo cinco balas seguidas en un as de espadas, le dijo, no se asustará. Me parece que tiene usted mal genio, y que es usted muy capaz de hacerse matar como un imbécil.

— Usted se vuelve atrás, dijo Eugenio.

— No me excite usted la bilis, contestó Vautrin. No hace frío esta mañana, venga usted á sentarse allí, dijo señalando los bancos pintados de verde. Tenemos que hablar. Es usted un buen muchacho, á quien estoy muy lejos de querer mal. Le estimo á usted palabra de Eug... (¡mil rayos!) palabra de Vautrin. ¿Por qué? Voy á decírselo. Entre tanto sepa usted que le conozco como si le hubiera parido y que se lo voy á probar. Deje usted ahí sus sacos, añadió indicándole la mesa redonda.

Descansó Rastignac su dinero sobre la mesa y se sentó, presa de una curiosidad en alto grado excitada por el repentino cambio operado en los modales de aquel hombre que después de haber hablado de matarle se le presentaba como protector.

— Usted arde en deseos de saber quién soy, lo que he hecho y lo que hago, continuó diciendo Vautrin. Es usted muy curioso, amiguito mío. Por lo pronto, tran-

quiliese. Va usted á oír cosas buenas. He sido desgraciado. Principie usted por escuchar y luego me contestará. He aquí ahora mi vida anterior en tres palabras. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Prosigamos. ¿Quiere usted conocer mi carácter? Soy bueno con los que me hacen bien ó con aquellos que me son simpáticos. Á éstos todo les está permitido conmigo; hasta pueden darme puntapiés en la espinilla sin que yo diga: « ¡Ojo! » Pero, ¡mil rayos! soy malo como el demonio con los que me incomodan ó que no me agradan. Bueno es que usted sepa que se me da tanto de matar á un hombre como de esto, dijo lanzando á lo lejos un poco de saliva. Sólo que hago lo posible por matarlo con limpieza y como es debido. Soy lo que usted llamaría un artista. Aquí donde usted me ve, he leído las *Memorias de Benvenuto Cellini*, y en italiano, por añadidura. Aquel hombre, que lo era de veras, me ha enseñado á imitar á la Providencia que mata á tuerto y á derecho, y á amar lo bello donde quiera que lo halle. ¿No es verdad que eso de jugar uno solo contra todos los demás hombres y ganar la partida es cosa que seduce? He reflexionado mucho acerca de la constitución presente de vuestro desorden social. Hijo mío, el duelo es un juego de niños, una tontería. Cuando de dos hombres vivos debe desaparecer uno, es preciso ser un imbécil para confiar su desaparición al acaso. ¿Qué es el duelo? Una cuestión de cara ó cruz; ni más ni menos. Meto cinco balas seguidas en el blanco, colocando cada una de ellas sobre la anterior y á treinta y cinco pasos de distancia. Me parece que con semejante habilidad bien puede

uno tener confianza delante de un hombre. Pues mire usted á qué sorpresas se presta el duelo: una vez me batí á veinte pasos... y no hice blanco en mi adversario; pero, en cambio, él, que en su vida había cogido una pistola, ¡zas! aquí tiene usted el recuerdo que me dejó.— Desabrochóse el chaleco y poniendo al descubierto un pecho velludo como el lomo de un oso, pero un vello rojizo que causaba espanto y repugnancia, hizo que Eugenio tocara con el dedo un agujero que en un lado tenía.— Pero entonces era yo un niño, tenía la edad de usted, veintiún años, y todavía creía en algo, en el amor de una mujer, por ejemplo, y en otra porción de tonterías en que va usted á embarrancar. Supongamos que nos hemos batido y que el muerto soy yo. Y usted ¿qué hace? Huir, refugiarse en Suiza y comerse el dinero de papá... que no lo tiene de sobra. Voy á darle á usted luz acerca de su actual situación, pero quiero hacerlo con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de este mundo, ha llegado á la conclusión de que no hay más que dos partidos que adoptar: una estúpida obediencia ó sublevarse. Yo no obedezco á nadie, ¿comprende usted? ¿Sabe usted lo que necesita, al paso que va? Necesita usted un millón inmediatamente, sin el cual podría bien suceder que esa cabecita vaya á caer en las redes de Saint-Cloud y marche á averiguar si hay un Ser Supremo. Ese millón voy á dárselo yo á usted.

Hizo una pausa y se quedó mirando á Eugenio.

— ¡Vaya, vaya! veo que pone usted mejor cara á su papaito Vautrin. Al oír tal palabra se esponja usted

como una señorita á la que se dice ¡hasta la noche! y que se compone relamiéndose como un gato que ha bebido leche. Más vale así. ¡Andando, pues, y á explicarnos! Esta es su situación, pollo. Usted tiene allá, en su pueblo, papá, mamá, tía mayor, dos hermanas (diez y ocho y diez y siete años) y dos hermanitos (quince y diez años); he aquí la lista de la gente. La tía educa á las dos hermanas, y el cura enseña latín á los hermanos. La familia come más castañas cocidas que pan blanco, el papá cuida cuanto puede los calzoncillos, la mamá se contenta con un vestido de verano y otro de invierno, y las hermanas se visten como pueden. Estoy al tanto de todo eso, he vivido en el Mediodía y me consta que las cosas pasan así cuando de una renta de tres mil francos que produce vuestro exiguo dominio, hay que enviarle á usted mil doscientos. Á lo sumo tenemos criado y cocinera, porque después de todo papá es barón y hay que mirar el qué dirán. Pero usted siente ambiciones; se trata con los Beauseant, que son parientes, y tiene que ir á pie por la calle; ansía hacer fortuna, y no posee un céntimo; suspira por las succulentas comidas del arrabal Saint-Germain, y se ve obligado á contentarse con los guisotes de mamá Vauquer, ¡desea un hotel, y duerme en un camaranchón! No censuro esos apetitos. No á todos les es dado tener ambición, simpático joven. Pregunte á las mujeres qué clase de hombres prefieren, y le contestarán que los ambiciosos, porque éstos son más fuertes, tienen más hierro en la sangre y más calor en el corazón que los demás. Y la mujer, que cuando se siente fuerte se considera feliz y más hermosa, pre-

fiere á todos los hombres los que representan una gran fuerza, aun á riesgo de ser aplastada por ella. He hecho el inventario de las aspiraciones de usted con objeto de llegar á plantearle la cuestión. Y la cuestión es la siguiente: usted siente un hambre camina y tiene los dientes afilados, ¿cómo se las arregla para tener bien provista la despensa? Tenemos, en primer término, el código penal. No es muy apetitoso y no enseña nada, pero hay que comerlo. Sea. Se hace usted abogado para llegar á presidente de audiencia, enviar á presidio á unos cuantos pobres diablos que valen más que nosotros á pesar de las iniciales T. F. que que llevan en el hombro, probando usted de esta suerte á los ricos que pueden dormir tranquilos. Poco chiste tiene la cosa, á más de que se tarda en llegar á ese puesto. Es preciso, en primer lugar, estar hecho un papanatas en París por espacio de dos años, mirando, sin tocarlas, todas las golosinas que nos apetecen. Cansa á cualquiera eso de desear siempre sin satisfacerse jamás. Si usted fuese endeble, de constitución análoga á la de los moluscos, nada tendría usted que temer; pero usted tiene la naturaleza febril del león y un apetito capaz de obligarle á cometer veinte disparates diarios. Por tanto, sucumbirá usted á ese suplicio, el más horrible que nos ofrece el infierno del Dios de bondad. Admitamos que sea usted prudentito, que beba leche y componga elejías; será menester que, generoso como es usted, comience, después de disgustos y de privaciones que volverían rabioso á un perro, por ser sustituto de algún majadero ó pillete, en un rincón de provincia, adonde el gobierno le

arrojará á usted mil francos de sueldo como se arroja un plato de comida á un perro de guarda. Ladrará usted á los ladrones, defenderá usted al rico y hará guillotinar á la gente de corazón. ¡Muchas gracias! Si no tiene usted protector, se pudrirá en un tribunal de provincias. Alrededor de los treinta será usted juez con mil doscientos francos anuales de sueldo si aún no ha colgado usted la toga. A los cuarenta se casará usted con la hija de algún molinero dotada con seis mil francos de renta: delicioso. Si comete usted alguna bajeza política, vendiendo á un hombre que le estorbe al gobierno, á los cuarenta años será usted fiscal general y puede llegar á diputado. Observe usted, querido hijo mío, que para entonces le habrá á usted hecho algunos desgarrones la conciencia, sufrido veinte años de disgustos y de secretas miserias, y sus hermanas se habrán quedado para vestir imágenes. Tengo el honor de añadir á la anterior observación que sólo hay en Francia veinte fiscales generales, para cuyas veinte plazas son ustedes veinte mil aspirantes, entre los cuales hay farsantes que venderían á toda su familia para obtener un ascenso. Si este porvenir le desagrade, veamos otro. ¿Prefiere el señor barón de Rastignac ser abogado? ¡Oh, qué bonito! Tendrá usted que padecer diez años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca, un bufete; presentarse en sociedad, besar la toga de un abogado para tener causas, y barrer con la lengua el palacio de Justicia. Si ese oficio le pusiera á usted en candelero, no me opondría; pero encuéntreme usted en París cinco abogados que á los cincuenta años ganen más de cincuenta mil

francos anuales. ¡Yo, antes de empequeñecer de ese modo mi alma, me haría pirata! Además, dónde pescar los cuartos que me hacen falta? Poco risueño es todo eso. Tiene usted un recurso aún; la dote de una mujer. ¿Quiere usted casarse? Equivaldría á amarrarse una cuerda al cuello. Por otra parte, ¿adónde irán á parar sus ideas de dignidad y de nobleza si se casa usted por dinero? Para eso mejor fuera comenzar desde ahora mismo la guerra á los convencionalismos humanos. Poco sería arrastrarse como una culebra á los pies de una mujer, lamer los pies de la madre, cometer bajezas que repugnarían á una cerda. ¡Qué asco! ¡si por lo menos hallara usted dicha y reposo! Pero con una mujer con quien se case usted en tales condiciones será más desgraciado que las piedras de las alcantarillas. Más vale pelear con los hombres que con la mujer propia. Tal es la encrucijada de la vida: elija usted el camino, joven.

» Ya eligió: fué usted á casa de su primo Beauseant, y allí olfateó usted el lujo. Luego, en casa de la señora de Restaud, la hija de Goriot, ha visto usted á la mujer parisiense. Aquel día volvió usted á casa con esta palabra escrita en la frente: *Llegar*, llegar á toda costa. La leí y me dije: ¡Bravo! ¡Este es de los míos! usted necesitaba dinero, y, no sabiendo dónde obtenerlo, se lo ha sacado á sus hermanas. Todos los hermanos saquean más ó menos á sus hermanas. Reunidos, sabe Dios cómo, los mil quinientos francos, en un país donde abundan mucho más las castañas que las monedas de á cinco francos, van á desfilar como soldados en desbandada. ¿Qué hará usted des-

pués? ¿Trabajar? El trabajo, tal cual usted lo comprende ahora, da para la vejez un cuarto en casa de la señora de Vauquer á tipos por el estilo de Poiret. Una rápida fortuna es el problema que se proponen resolver en este momento cincuenta mil jóvenes que están en el propio caso que usted. Por tanto, usted es una unidad de aquel número. Calcule usted los esfuerzos que tendrá que hacer y lo encarnizado del combate. Como no hay cincuenta mil puestos buenos, se ven ustedes precisados á comerse unos á otros como arañas dentro de un puchero. ¿Y sabe usted los medios de abrirse camino? El brillo del genio ó la astucia de la corrupción. Hay que penetrar en esa masa humana como una bala de cañón ó filtrarse en ella como una epidemia. La honradez de nada sirve. Cede la masa ante el poder del genio; le odian, y tratan de calumniarle porque toma y no reparte; pero si persiste ceden al fin. En una palabra, se le adora de rodillas cuando no se ha podido enterrarle en el lodo. La corrupción abunda: el talento escasea. Por eso es la corrupción el arma de las medianías, que es lo que abunda, y muchas veces sentirá usted sus punzadas. Verá usted mujeres cuyos maridos tienen seis mil francos de sueldo por toda renta, gastar diez mil sólo en vestir; otras que se prostituyen para pasear en el carruaje de lujo de un par de Francia de esos que lucen en Longchamps sus caballos de carreras; empleados de doscientos francos que compran tierras, etc. Ha visto usted á ese pobre tonto de Goriot pagar la letra de cambio endosada por su hija, casada con un hombre que tiene cincuenta mil francos de renta; pues bien,

le desafío á que dé dos pasos en París sin hallar chanzas infernales. Apostaría la cabeza contra una de estas alcachofas á que la primera mujer que le guste, aunque tenga dinero, juventud y belleza, será para usted un avispero. Todas andan huídas de la ley y en guerra con sus maridos por esto, por lo otro, por todo, por nada. Sería el cuento de nunca acabar referir á usted los convenios que se establecen tratándose de amantes, de trapos, de niños, de matrimonios ó de vanidades; rara vez por virtud, téngalo usted por cierto.

» Así es que el hombre honrado es el enemigo común. ¿Pero qué cree usted que es el hombre honrado? En París, el hombre honrado es el que calla y no entra en el reparto. No hablo ahora de esos pobres ilotas que en todos los oficios trabajan sin que sus tareas sean debidamente recompensadas, y á los que yo llamo la cofradía de los zancajos de Dios. En ellos florece la virtud con todo el esplendor de la estupidez, pero también la miseria. Me figuro la cara que pondrán esos pobretes si el día del juicio final se le ocurre al Padre Eterno no comparecer.

» Si quiere usted hacer fortuna, es preciso ser rico desde ahora ó parecerlo. Y para ser rico hay que dar un gran golpe, ó, de lo contrario, se recurre á la estafa y ¡buenas noches! Si en las cien profesiones á que puede usted dedicarse todos llaman ladrones á los diez que llegan rápidamente á la meta, ¡saque usted la consecuencia! Esa es la vida tal como es. Parece una cocina en lo sucia y mal oliente, y en que el que quiere guisotear forzosamente ha de mancharse las manos; toda la moral de nuestra época consiste en

saber salir de apuros. Si le hablo á usted del mundo en estos términos es porque me ha dado derecho para ello; lo conozco. ¿Cree usted que lo censuro? Ni por asomos. Siempre ha sido igual y no serán los moralistas quienes lo cambien; el hombre es imperfecto. A veces también es hipócrita, y entonces dicen los necios que tiene ó no tiene sanas costumbres. Tampoco acuso á los ricos en nombre del pueblo; el hombre es el mismo, arriba, abajo y en medio. Por cada millón de cabezas de ese rebaño perfeccionado, aparecen diez hombres listos que se sobreponen á todo, incluso á las leyes; yo soy de éstos. Y usted, si es hombre superior, marche en línea recta, con la frente erguida. Tendrá usted que luchar, como todos, contra la envidia, la calumnia, las medianías, contra todo el mundo. Napoleón tuvo por ministro de la guerra á un tal Aubri, el cual había estado á punto de enviarle á ultramar. ¡Tómese el pulso! Vea si podrá usted levantarse cada mañana con más voluntad que la que tuvo el día de antes. Aprovechando las circunstancias, voy á hacerle una proposición que nadie en lugar de usted rechazaría.

» Fijese en lo que le voy á decir. Aquí donde usted me ve, tengo un proyecto. Mi proyecto consiste en irme á vivir patriarcalmente á una gran hacienda de muchísimas hectáreas de terreno, por ejemplo, á los Estados Unidos, al Sur. Quiero hacerme un plantador, poseer esclavos, ganar unos cuantos milloncitos vendiendo mis bueyes, mis tabacos y mis maderas, vivir como un príncipe, haciendo mi santa voluntad, en una palabra, pasar mis días de un modo de que nadie

tiene idea en esta tierra en que vivimos encerrados en madrigueras de yeso. Soy un gran poeta, pero no escribo mis poesías, porque éstas consisten en acciones, y en sentimientos. Poseo ahora cincuenta mil francos, con los cuales sólo tendría para cuarenta negros. Necesito doscientos mil francos, porque quiero tener doscientos negros, con objeto de satisfacer mis aficiones por la vida patriarcal. Los negros, sabe usted, son niños ya criados, de los que hace uno lo que quiere, sin que la curiosidad importuna del fiscal del rey le pida á usted cuenta. Con ese capital negro, y al cabo de diez años, tendré tres ó cuatro millones. Si lo consigo, nadie me preguntará quién soy, porque será sencillamente el señor Cuatro Millones, ciudadano de los Estados Unidos. Para entonces habré cumplido los cincuenta; no estaré enclenque, ni mucho menos, y me divertiré á mi manera. En una palabra: si le procuro á usted una dote de un millón, ¿me dará usted doscientos mil francos? El veinte por ciento de comisión, ¿eh? ¿le parece á usted caro?... Usted sabrá hacerse querer de su mujereita. Una vez casado, hará usted ver que se siente inquieto, que tiene remordimientos, y durante quince días se finge triste. Una noche, después de unos cuantos mimos, declara usted, entre dos besos, doscientos mil francos de deudas á su mujer, llamándola: « ¡Amor mío! » Es comedia que á cada momento representan los jóvenes de posición más encumbrada. Una mujer no niega jamás la bolsa á aquel á quien ha entregado el corazón. ¿Cree usted perder en el negocio? No. En cualquier negocio encuentra usted medio de recuperar el dinero perdido.

Con el talento de usted y con dinero realizará usted una fortuna tan cuantiosa como quiera. Consecuencia de cuanto he dicho : en seis meses habrá usted hecho su felicidad, la de una mujer bonita y la del papá Vautrin, sin contar con la de la propia familia de usted, que ahora se sopla los dedos de frío en invierno á falta de leña. No le asombre á usted lo que le propongo ni lo que le pido. De cada sesenta casamientos ricos que se verifican en París, cuarenta y siete dan lugar á tratos semejantes. El colegio de notarios ha obligado al señor...

— ¿Qué debo hacer? preguntó ávidamente Rastignac, interrumpiendo á Vautrin.

— Una cosa insignificante, respondió aquel hombre dejando escapar un movimiento de alegría semejante al del pescador que siente al pez cogido en el anzuelo. ¡Oigame usted bien! El corazón de una pobre muchacha desgraciada y miserable es la esponja mejor dispuesta para la absorción del amor; esponja completamente seca que se dilata en cuanto cae en ella una gota de sentimiento. Cortejar á una joven que se halla en condiciones de soledad, de desesperación y de pobreza, sin que ella sospeche que el porvenir la reserva una fortuna, es jugar con los triunfos en la mano; conocer, antes de comprar el billete, los números que han de salir premiados en la lotería; operar en la Bolsa conociendo previamente las noticias. Hecha la conquista, la felicidad matrimonial queda asentada sobre bases indestructibles, y si la muchacha hereda millones se los arrojará á usted á los pies como si fueran piedras. « Toma, mi

bien, toma, Adolfo, Alfredo ó Eugenio », si Adolfo, Alfredo ó Eugenio han tenido el buen acuerdo de sacrificarse por ella. Por sacrificios entiendo yo vender un traje viejo para ir al *Cadran-Bleu* á comer juntos empanadas con setas y luego al teatro del *Ambigu-Comique* por la noche; empeñar el reloj para regalarle un chal. No hablo de las tonterías del amor, ni de esas pamemas tan del gusto de las mujeres, y que consisten en echar gotas de agua en el papel á manera de lágrimas cuando se está lejos de ellas, y en otras cosas de este jaez. Usted tiene traza de conocer bien la jerga del corazón. París, amigo mío, es como una selva del nuevo mundo, en la cual viven veinte especies de pueblos salvajes del producto de la caza que dan las diferentes clases sociales : usted es un cazador de millones, y para cazarlos usa usted lazos, liga ó reclamo; hay muchas maneras de cazar. Unos cazan dotes, otros liquidaciones; éstos pescan conciencias, aquéllos venden á sus clientes atados de pies y manos. El que vuelve con el zurrón lleno es saludado, festejado y recibido en la buena sociedad. Hagamos justicia á este hospitalario suelo : tiene usted, como teatro de sus hazañas, la ciudad de manga más ancha que hay en el orbe. Si las orgullosas aristocracias de todas las capitales de Europa rechazan de su seno al millonario infame, París le tiende los brazos, asiste á sus reuniones, come á su mesa y brinda por su infamia.

— ¿Pero dónde encontraremos la muchacha? dijo Eugenio.

— ¡Es de usted, la ve usted á diario!

— ¿Victorina Taillefer?

— Precisamente.

— ¿Y cómo?

— ¡Ya le quiere á usted su baronesita de Rastignac!

— No tiene un céntimo, contestó Eugenio muy extrañado.

Ya hemos llegado á la cuestión palpitante... Todavía das palabritas, dijo Vautrin, y todo quedará en claro. Es el papá Taillefer un viejo tuno, que pasa por haber asesinado á un amigo suyo durante la Revolución. Me es simpático por la independencía de sus opiniones. Es banquero, socio principal de la casa Federico Taillefer y compañía. Tiene un hijo, único, á quien quiere dejar todo su capital en perjuicio de Victorina. A mí no me agradan estas injusticias. Soy como Don Quijote, y me gusta salir á la defensa del débil contra el fuerte. Si tal fuera la voluntad de Dios que se llevara al muchacho, Taillefer volvería á hacerse cargo de su hija, porque quiere tener un heredero á toda costa (tontería muy natural), y no puede ya tener hijos; me consta. Victorina es amable y bonita. En poco tiempo se hará querer de su padre, y con el cordel del sentimiento le hará dar más vueltas que una peonza. Harto agradecida le quedará á usted para abandonarle, y se casará con ella. Yo me encargo del papel de la Providencia, yo obligaré á Dios á manifestar su voluntad. Tengo un amigo que me aprecia mucho, coronel del ejército del Loira, y que acaba de entrar en la guardia real. Atiende mis indicaciones y se ha hecho ultrarrealista, no siendo del número de

esos imbéciles que viven aferrados á sus opiniones. Otro consejo que me faltaba dar á usted es el de no mostrarse fiel á las ideas ni á las palabras : cuando le pidan á usted unas ú otras, véndalas. El que se jacta de no haber cambiado nunca de opinión, es hombre que marcha siempre en línea recta, un majadero que cree en su infalibilidad. No hay principios, sino sucesos solamente; no hay leyes, sino circunstancias; el hombre superior se alía á los sucesos y á las circunstancias para encarrillarlos á su antojo. Si hubiera principios y leyes fijas, no cambiarían de ellos los pueblos como nosotros cambiamos de camisa. Nadie está obligado á tener mejor juicio que una nación entera. El hombre que menos servicios ha prestado á Francia es un ídolo, venerado por haberlo visto todo de color de sangre, pero que sólo sirve, á lo sumo, para figurar en el Conservatorio, entre las máquinas, con una etiqueta que diga Lafayette; mientras que el príncipe á quien todos atacan y que desprecia á la humanidad lo bastante para arrojarle al rostro cuantos juramentos pida, ha impedido el reparto de Francia en el Congreso de Viena : debieron levantarle estatuas, y le tiran puñados de cieno. ¡ Oh ! yo entiendo de negocios; poseo muchos secretos de mucha gente. No digo más. Tendré una opinión fija el día en que encuentre tres cabezas que estén de acuerdo sobre el empleo de un principio, y creo que lo mejor es esperar sentado, para no cansarse. No hallará usted en los tribunales tres jueces que tengan la misma opinión acerca de un artículo de la ley. Volvamos á mi hombre. Clavaria de nuevo á Cristo en la cruz si yo se lo dijera. Con una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO